

LA DECLARACIÓN COMÚN LUTERANO-CATÓLICA SOBRE LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN

JOSÉ R. VILLAR

SUMARIO: I. EL DIÁLOGO CATÓLICO-LUTERANO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN. a) *Las respuestas luterana y católica (junio 1998)*. b) *De las «Respuestas» a la «Declaración Oficial Conjunta»*. II. CONTENIDO DE LA «DECLARACIÓN COMÚN SOBRE LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN» Y DEL «ANEXO» A LA «DECLARACIÓN OFICIAL CONJUNTA». A. *Comprensión común de la Justificación (cap. 3)*. 1. *La Justificación como obra del Dios Trino (n. 15)*. 2. *La universalidad de la salvación en Cristo mediante la fe donada gratuitamente por el Espíritu Santo (n. 16)*. 3. *La gratuidad inmerecida de este don, y la sola remisión a la misericordia de Dios (n. 17; cfr. 19)*. 4. *El carácter central de la doctrina de la Justificación como criterio (aunque no el único, para la doctrina católica) de la fe en Cristo (n. 18)*. B. *Desarrollo de la comprensión común de la Justificación (cap. 4)*. 1. *La impotencia y el pecado humanos respecto de la Justificación*. 2. *La Justificación en cuanto perdón del pecado y santificación (= Gerechtmachung)*. 3. *Justificación por medio de la fe y de la gracia (durch Glauben und aus Gnade)*. 4. *El ser pecador del justificado (Das Sündersein des Gerechtfertigten)*. 5. *Ley y Evangelio*. 6. *Certeza de la salvación*. 7. *Las buenas obras del justificado*.

El 31 de octubre de 1999 —fiesta de la Reforma en las Iglesias luteranas— ha tenido lugar en la ciudad alemana de Augsburg (lugar de la «Confessio Augustana» de 1530) la firma solemne de la «Declaración Oficial Conjunta», con su «Anexo», por la cual la Federación Luterana Mundial y la Iglesia Católica «confirman» la *Declaración Común sobre la doctrina de la Justificación* (=DJ), preparada por la Comisión mixta oficial luterano-católica. Esta «Declaración Oficial Conjunta» confirma, pues, que se ha alcanzado un consenso en relación con «verdades fundamentales» («Grundwahrheiten») sobre la doctrina de la Justificación, y que las condenas históricas recíprocas no alcanzan dicha doctrina «tal como se presenta» en la *Declaración Común*.

Se culmina así la tarea desarrollada en las últimas tres décadas de reflexión conjunta sobre la Justificación. Constituye, además, el primer documento de diálogo doctrinal que es firmado por las respectivas autoridades eclesiales de manera vinculante (cfr. DJ n. 4). Los escritos confesionales de ambas partes no sufren cambio alguno con motivo de la DJ, que no les quita ni añade nada, ni constituye un nuevo escrito confesional. Simplemente se limita a la cuestión de la no aplicación de las condenas históricas a la comprensión común presentada en ella, que —bajo este punto de vista— ciertamente vincula a ambas partes. Aunque no supone un acuerdo sobre *todos* los aspectos de la doctrina de la Justificación que enseñan ambas confesiones (entre otras cosas, el significado de la penitencia sacramental), representa un paso importante de cara a la unidad visible, pero quedan por dilucidar, además, otros temas importantes (Iglesia, ministerio, sacramentos, etc.). Por ello, la DJ no permite pasar a una comunión eclesial visible, ni la Iglesia católica se siente autorizada a admitir a la comunión eucarística a luteranos.

En estas páginas recogemos una información sintética de la redacción y firma del acuerdo, así como del contenido de estos documentos. Los comentarios serán los estrictamente necesarios para enmarcar los textos. Sin duda, el contenido de estos documentos plantea muchas cuestiones teológicas, y merecen un comentario amplio que aquí no podemos abordar. Nos limitamos expresamente a ofrecer el contenido a partir del cual habrá que reflexionar en un futuro inmediato.

I. EL DIÁLOGO CATÓLICO-LUTERANO SOBRE LA JUSTIFICACIÓN

Poco después de la clausura del Concilio Vaticano II comenzó, en 1967, el diálogo teológico luterano-católico con la creación de la Comisión mixta internacional, impulsada por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y la Federación Luterana Mundial.

Este diálogo se ha desarrollado en tres fases. La primera concluía en 1972 con la llamada «Relación de Malta», *El Evangelio y la Iglesia*¹,

1. «Relación de la Comisión de Estudio Evangélico Luterana-Católico Romana (Relación de Malta)», publicada en A. GONZÁLEZ MONTES (ed.), *Enchiridion oecumenicum*, Salamanca 1986, vol I, pp. 265-289.

que ya apuntaba una amplia convergencia sobre el tema de la «Justificación por la fe». Consideraba que «la Justificación puede ser comprendida como expresión general del acontecimiento salvífico» (n. 27). La parte luterana afirmaba entonces que la Justificación no es una «mera declaración externa de justicia del pecador» (n. 26). En 1980, al término de la segunda fase de diálogo, el documento *Todos bajo un solo Cristo* reconocía la consolidación de un consenso sobre el tema (cfr. n. 4)². Durante la tercera fase del diálogo prosiguió la profundización de la Comisión mixta en el documento *Iglesia y Justificación: la comprensión de la Iglesia a la luz de la doctrina de la Justificación* (1994)³.

Con todo, la *Declaración Común* tiene sus fuentes más inmediatas en los trabajos de las Comisiones mixtas nacionales de los Estados Unidos y de Alemania, recogidos respectivamente en *Justification by Faith* (1983), y en *Lehrverurteilungen-kirchentrennend?* (1986)⁴. Este material preparó el camino para la constitución en 1994 de un grupo de trabajo teológico nombrado por la Federación Luterana Mundial y el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Su cometido era hacer balance de los resultados adquiridos hasta el momento, y redactar un borrador que —tras ser revisado en 1996 y 1997— fuera sometido a las respectivas autoridades para su firma como *Declaración Común sobre la doctrina de la Justificación*. No ha faltado en este tiempo un fuerte debate sobre el documento en los Sínodos luteranos —especialmente del ámbito alemán— dada la centralidad de la «Justificación por la fe sola» en la teología de la Reforma⁵.

2. Vid. A. GONZÁLEZ MONTES (ed.), *Enchiridion oecumenicum*, Salamanca 1986, vol. I, pp. 351-358.

3. Comisión Mixta católico/luterana, *Iglesia y Justificación*, «Biblioteca Oecumenica Salmanticensis» n. 23, Salamanca 1996. Or. alemán: *Kirche und Rechtfertigung. Das Verständnis der Kirche im Licht der Rechtfertigungslehre*, Paderborn 1994.

4. Publicados originalmente en *Lutherans and Catholics in Dialogue*, VII, Minneapolis 1985; y en K. LEHMANN-W. PANNENBERG (ed.), *Lehrverurteilungen-kirchentrennend?*, Bd. I: *Rechtfertigung, Sakramente und Amt im Zeitalter der Reformation und heute*, Freiburg 1986. Trad. cast. de ambos documentos en A. GONZÁLEZ MONTES, *Justificados en Jesucristo: la Justificación en el diálogo ecuménico actual*, Salamanca 1989. En el interior de la Federación Luterana Mundial fue un momento importante para el debate sobre la Justificación su Asamblea General de Helsinki (1963).

5. En Alemania la polémica alcanzó un momento álgido en enero de 1998 con la firma de un documento por parte de 160 profesores de teología en el que se analizaba críticamente la *Declaración*. Los Sínodos de las Iglesias luteranas alemanas la aprobaron paulatinamente.

a) *Las respuestas luterana y católica (junio 1998)*

El 16 de junio de 1998 la Federación Luterana Mundial adoptaba una *Resolución* por la que asumía el contenido de la DJ, una vez examinada y aprobada por los Sínodos territoriales luteranos. En ella se decía que «sobre la base de la respuesta positiva de la mayoría de las iglesias [luteranas], se aceptan los acuerdos sobre la doctrina de la Justificación tal como están expuestos en la *Declaración común* y sobre la base de estos acuerdos se declara que las condenas doctrinales de los escritos confesionales luteranos no alcanzan la doctrina de la Iglesia Católica Romana tal como está presentada en la *Declaración común*»⁶. Formulaba también algunas cuestiones sobre las que seguir dialogando.

Pocos días después, el 25 de junio de 1998, aparecía la *Respuesta* oficial de la Iglesia Católica a la DJ. Venía redactada de común acuerdo por la C. para la Doctrina de la Fe y el Consejo Pont. para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, y firmada por el Presidente de este último Dicasterio, Card. Edward I. Cassidy. La *Declaración* no pretende solucionar —se decía en la *Respuesta*— todas las cuestiones teológico-doctrinales aún pendientes para la plena comunión de ambas confesiones cristianas. Reconocía un consenso en verdades fundamentales sobre la doctrina de la Justificación, pero también formulaba en esa fecha algunos interrogantes. Juan Pablo II manifestaba el 28 de ese mes que «si bien la *Declaración* no resuelve todas las cuestiones relativas a la doctrina de la Justificación, expresa un consenso en verdades fundamentales de tal doctrina».

Esta *Respuesta* católica consta de una «Declaración», unas «Precisiones» y un epígrafe final con el título «Perspectivas para el trabajo futuro»⁷. Según afirmaba el card. E. I. Cassidy⁸, el epígrafe de la *Respuesta* titulado «Declaración» constituye propiamente la «respuesta» católica. Esta «Declaración» considera que la DJ refleja un consenso sobre verdades fundamentales de la doctrina de la Justificación. Las «Precisiones» —añadía el cardenal Cassidy— tienen otro carácter: seña-

6. Vid. «Il Regno-doc.» 15 (1998) p. 497.

7. Vid. «Il Regno-art.» 14 (1998) p. 455.

8. En carta dirigida el 30 de julio de 1998 a I. Noko, Secretario general de la Federación Luterana Mundial.

lan una serie de puntos de la DJ sobre los que la Iglesia Católica no se sentía capacitada en ese momento para declarar categóricamente que no siguen cayendo bajo las condenas del Concilio de Trento *sin un estudio y clarificación previos* (se trataba especialmente de la interpretación del *simul iustus et peccator* luterano)⁹. En fin, el tercer epígrafe, quiere auspiciar un diálogo en el que se resuelvan esas diferencias.

Al exponer el contenido de la DJ aludiremos a los temas mencionados por las «Precisiones» que provocarán el «Anexo» con que finalmente se acompañará la DJ. Uno de los puntos aludidos por las «Precisiones» hacía referencia a la cuestión más general de la representatividad del interlocutor luterano, que vale la pena aludir ahora.

En efecto, las «Precisiones», en el n. 6, decían: «Finalmente es oportuno poner de relieve el diverso carácter, desde el punto de vista de la representatividad, de los dos firmantes de esta Declaración Común. La Iglesia Católica reconoce el gran esfuerzo realizado por la Federación Luterana Mundial, de llegar por medio de la consulta de los Sínodos al “magnus consensus”, para dar un verdadero valor eclesial a su firma; no obstante, permanece la cuestión de la autoridad real, hoy y también mañana, de dicho consenso sinodal en la vida y la doctrina de la comunidad luterana».

Esta frase podría entenderse en un sentido obvio: que existen diferencias entre católicos y luteranos en la manera de comprender la autoridad magisterial y los correspondientes procedimientos para proponer una enseñanza normativa. Pero también podría interpretarse negativamente como desconfianza en la representatividad de la respuesta oficial

9. Concretamente se decía en las «Precisiones»: «5. Estas observaciones pretenden precisar la enseñanza de la Iglesia Católica en relación a aquellos puntos sobre los cuales no se ha llegado a un acuerdo total, y completar algunos de los párrafos que exponen la doctrina católica, para mejor iluminar la medida del consenso al que se ha llegado. El alto nivel de acuerdo alcanzado no permite todavía afirmar que todas las diferencias que separan católicos y luteranos, en la doctrina sobre la Justificación, son simples cuestiones de acento o de lenguaje. Algunas tocan aspectos de contenido y, en consecuencia, no son todas recíprocamente compatibles, como se afirma contrariamente en el n. 40. Además, si es verdad que las condenas del Conc. de Trento no se aplican ya a aquellas verdades sobre las cuales se ha llegado a un consenso, las diferencias que hacen relación a otros puntos deben, sin embargo, ser superadas antes de poder afirmar, como se dice genéricamente en el n. 41, que tales puntos no recaen ya bajo las condenas del Concilio de Trento. Esto vale en primer lugar para la doctrina del “simul iustus et peccator” (cf. supra n. 1)».

luterana. Si así fuera, significaría que la Iglesia Católica pondría en cuestión el presupuesto general del diálogo entre católicos y luteranos —esto es, la autoridad representativa reconocida al interlocutor—, lo que no parece deducirse necesariamente de la *Respuesta* católica. Con todo, tales palabras —quizá equívocas— no fueron del agrado de la parte luterana, y por este motivo el «Anexo» de la «Declaración Oficial Conjunta» ha debido clarificarlas: «4. La Respuesta de la Iglesia Católica no pretende poner en cuestión la autoridad de los Sínodos Luteranos o de la Federación Luterana Mundial. La Iglesia Católica y la Federación Luterana Mundial iniciaron el diálogo y lo han llevado a cabo como partes equiparadas (*par cum pari*). No obstante las diferentes concepciones acerca de la autoridad en la Iglesia, cada parte respeta el proceso propio de la otra para elaborar decisiones doctrinales».

b) *De las «Respuestas» a la «Declaración Oficial Conjunta»*

Las «Precisiones» de la *Respuesta* católica requerían el estudio de algunos puntos de la DJ. Se abrió así un proceso de discernimiento. En ese tiempo, el card. Josef Ratzinger y el obispo luterano Johannes Hanselmann se reunieron con el teólogo católico Heinz Schütte y el luterano Joachim Track para impulsar una reflexión, cuyo resultado fue un texto de cinco páginas, asumido y reelaborado por el Consejo Pontificio para la Unidad de los Cristianos y la Federación Luterana Mundial, cuyo resultado final ha sido el texto de la «Declaración Oficial Conjunta» (y su «Anexo») firmada el 31 de octubre en Augsburgo¹⁰. Consta de tres párrafos. En síntesis, ambas partes:

1º «Confirman» que la doctrina de la Justificación, tal como viene expuesta en la *Declaración común*, muestra un consenso en «verdades fundamentales»; y, por este motivo, no se le aplican las recíprocas condenas doctrinales pronunciadas en su momento por el Concilio de Trento y los escritos confesionales luteranos (cfr. n. 1). Cita aquí los dos textos decisivos de la *Declaración Común*. El primero: «La comprensión de la doctrina de la

10. Fecha acordada en común y anunciada durante la conferencia de prensa de Ginebra el 11 de junio de 1999 celebrada por el Card. E. I. Cassidy y el pastor I. Noko para presentar el texto definitivo. Vid. «Il Regno-doc.» 15 (1999) pp. 476-480.

Justificación expuesta en esta Declaración muestra que entre luteranos y católicos hay consenso en verdades fundamentales [in Grundwahrheiten] de dicha doctrina» (DJ 40). Y el segundo: «Con base en este consenso la Federación Luterana Mundial y la Iglesia Católica declaran: “las condenas del Concilio de Trento no alcanzan la doctrina de las Iglesias luteranas expuesta en la presente Declaración, y las condenas de las Confesiones Luteranas no alcanzan la doctrina de la Iglesia Católica Romana, expuesta en esta Declaración” (DJ 41)». Esto no significa, añadimos, declarar erróneas las condenas recíprocas, o que hayan perdido su vigencia, sino que no se aplican a la doctrina sobre la Justificación «tal como está expuesta» en la DJ.

2º Se adjunta a esta «Declaración Oficial Conjunta» un «Anexo», que «explica ulteriormente el consenso alcanzado en la Declaración Común [der in der Gemeinsamen Erklärung erreichte Konsens weiter erläutert]» (n. 2). El «Anexo» responde a los interrogantes planteados tanto por la *Resolución* de la Federación Luterana Mundial como por la *Respuesta* católica. Clarifica algunos pasajes de la DJ (cfr. su n. 1). Es importante advertir que el «Anexo» no es la exposición de reservas de una de las partes (como sucede, por ejemplo, en los «votos particulares» de los magistrados a las sentencias...), sino un texto acordado por ambos firmantes, luteranos y católicos y, en consecuencia, es criterio hermenéutico vinculante de la *Declaración Común*.

3º Se remiten al futuro diálogo las cuestiones mencionadas en DJ n. 43, necesarias para poder alcanzar la «plena comunión eclesial»¹¹.

Examinemos ahora el contenido de la *Declaración común* y del «Anexo».

II. CONTENIDO DE LA «DECLARACIÓN COMÚN SOBRE LA DOCTRINA DE LA JUSTIFICACIÓN» Y DEL «ANEXO» A LA «DECLARACIÓN OFICIAL CONJUNTA»

Como es sabido, la doctrina de las Iglesias luteranas quiere basarse en la Sagrada Escritura, y tiene su expresión vinculante en los Símbolos

11. Esas cuestiones son: «la relación entre la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia, eclesiología, autoridad de la Iglesia, ministerio, los sacramentos y la relación entre Justificación y ética social» (DJ n. 43).

de fe de los Concilios ecuménicos y en los documentos confesionales luteranos del s. XVI. Especialmente los «Artículos de Esmalcalda» y la «Fórmula de Concordia» contienen condenas de aquello que los luteranos entendían errores doctrinales católico-romanos. También la «Confesión de Augsburgo» rechaza algunas doctrinas. Hay que señalar que una serie de Iglesias luteranas sólo reconocen como escritos confesionales vinculantes la «Confesión de Augsburgo» y el «Pequeño Catecismo» de Lutero, en los que no se encuentra condena alguna de la doctrina católico-romana sobre la Justificación. Por parte de la Iglesia Católica, el Concilio de Trento contiene las condenas de la doctrina luterana en los cc. 1-13 del Decreto sobre la Justificación.

El objetivo de la DJ es presentar *hoy* la doctrina de la Justificación, a la luz de la *profundización* de las últimas décadas, de manera que pueda constatarse si es posible la común afirmación de «verdades fundamentales» (habitualmente el texto no dice: «las» verdades fundamentales) sobre la Justificación sin caer bajo las condenas recíprocas.

El texto de la DJ contiene 44 párrafos (aquí los designaremos como «números»), divididos en un «Preámbulo» (1-7); y 5 epígrafes: 1. «El mensaje bíblico de la Justificación» (8-12); 2. «La doctrina de la Justificación en cuanto problema ecuménico» (13); 3. «La comprensión común de la Justificación» (14-18); 4. «El desarrollo de la comprensión común de la Justificación» (19-39); 5. «Significado y alcance del consenso logrado» (40-44).

Por su parte, el «Anexo» a la «Declaración Oficial Conjunta» contiene 4 números; el n. 2 se subdivide en cinco párrafos (A-E).

El *Preámbulo* de la DJ subraya la importancia dogmática e histórica de la doctrina sobre la Justificación en la división del s. XVI entre la Iglesia Católica y la Reforma (1-2). Los estudios y diálogos de las últimas décadas (n. 3-4.6) llevan a la convicción de que ambas confesiones pueden formular hoy un consenso en «verdades fundamentales» (*Grundwahrheiten*) que se han prolongado en diversos desarrollos (*Entfaltungen*) católicos y luteranos, que no deberían dar lugar a condenas doctrinales ni ser ya causa de separación (n. 5). Esas «verdades fundamentales» suelen introducirse en la DJ con las palabras «juntos confesamos», y se prolongan a continuación en formulaciones luteranas y católicas (*Entfaltungen*) que acentúan un aspecto u otro de aquella «verdad funda-

mental», pero que según la DJ no niegan lo que la otra parte subraya, ni amenazan el acuerdo en esa «verdad fundamental».

Con ello el *Pedámbulo* señala desde su inicio el método que va a seguir. No se trata de renegar del propio pasado (n. 6), o de despreciar la seriedad del conflicto que llevó a la separación y condenas recíprocas. Se trata de comprender mejor las diferencias, y valorar si realmente son «desarrollos» compatibles entre sí y no merecedores ya de separación confesional.

En consecuencia, la articulación de la DJ se hace en el orden antes mencionado. Primero: «escuchar en común la Palabra de Dios en las Escrituras» (1. «El mensaje bíblico de la Justificación»). Segundo: expresar la «comprensión común» de esa Palabra (3. «La comprensión común de la Justificación»). Tercero: analizar los «desarrollos» de esas verdades fundamentales (4. «Desarrollo de la comprensión común»).

1) Los párrafos dedicados a la «escucha común» del mensaje de la Escritura sobre la Justificación (8-12), prestan especial atención a la enseñanza paulina, según la cual la Justificación es perdón de los pecados, liberación del poder dominador del pecado y de la muerte, liberación de la maldición de la ley. Justificación es introducción en la comunión con Dios. Los justificados viven de la fe que proviene de la Palabra de Cristo, una fe que opera en el amor, que es fruto del Espíritu Santo. La DJ recoge aquí los términos «justicia» y «justificación» en cuanto conceptos paulinos descriptivos de la acción salvífica de Dios. Pero también acoge los términos «liberación», «reconciliación», «paz», «nueva creación» y «santificación».

En DJ 10-12 el punto de referencia es el hombre caído bajo el poder del pecado, que necesita la justicia que sólo Dios puede otorgar. Este agradecimiento tiene su causa en la muerte y resurrección de Cristo. La justicia ganada por Cristo es apropiada por el hombre en la fe: cuando el cristiano cree en la palabra de Dios, se le otorga la justicia de Dios en Cristo. La expresión «justicia de Dios» significa en San Pablo una realidad que contiene y une en sí aspectos diversos de la acción salvífica divina: la «justicia de Dios» produce el perdón de los pecados; es el don que lleva a cabo la recepción del hombre en la comunión con Dios. «Justificar» significa este proceso abarcante del perdón del pecado e ingreso en la comunión con Dios Trinidad (n. 11). En este proceso

abarcante de la «Justificación» en sentido amplio (como «acción salvífica de Dios»), también ocupan un lugar central en el Nuevo Testamento el Bautismo y el «ser en Cristo» paulino.

2) Tras la «escucha común» del «mensaje bíblico de la Justificación» —y después de aludir al «problema ecuménico» que ha planteado su diversa interpretación (cap. 2)—, la DJ aborda la «comprensión común» de este mensaje (cap. 3), y sus diversos desarrollos (*Entfaltung*) luteranos y católicos (cap. 4). Esta parte del documento será la que provoque alguna reserva de la *Respuesta* católica, a cuyo texto aludiremos, junto con las aclaraciones finales del «Anexo».

A. *Comprensión común de la Justificación (cap. 3)*

La DJ advierte un consenso en las siguientes afirmaciones.

1. *La Justificación como obra del Dios Trino (n. 15)*

Este n. 15 describe la Justificación como acción de la Trinidad y desde la perspectiva del hombre que es justificado. El objeto del envío del Hijo es la salvación del pecador, de manera que Dios hace a Cristo justicia para los pecadores. El Espíritu Santo otorga la participación en la justicia de Cristo.

«(15) Es nuestra fe común que la Justificación es obra del Dios trino. El Padre envió a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. La encarnación, muerte y resurrección de Cristo son el fundamento y el presupuesto de la Justificación. Por esto, la Justificación significa que Cristo mismo es nuestra justicia, en la que participamos mediante el Espíritu Santo, conforme con la voluntad del Padre. Juntos confesamos: Sólo por gracia en la fe en la obra salvífica de Cristo, y no por mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo, que renueva nuestros corazones, y nos capacita y nos llama a obras buenas».

La aceptación por Dios y la recepción del Espíritu Santo se presentan unidas. El Espíritu Santo no sólo es el Dador que otorga la participación en Cristo, sino que Él es también el Don activo que renueva, capacita y llama a las buenas obras. Si bien la aceptación por Dios y la renovación se diferencian, sin embargo, son inseparables.

2. *La universalidad de la salvación en Cristo mediante la fe donada gratuitamente por el Espíritu Santo (n. 16)*

«(16) Todos los hombres estamos llamados por Dios a la salvación en Cristo. Sólo por medio de Él somos justificados, cuando recibimos esta salvación en la fe. La fe misma es a su vez don de Dios mediante el Espíritu Santo, que obra en la palabra y en los sacramentos en la comunión de los creyentes y, a la vez [zugleich], conduce a los creyentes a aquella renovación de su vida que Dios consuma en la vida eterna».

En este n. 16 la atención se centra en la fe como *un* elemento de la Justificación, siendo la fe misma don de Dios, efecto del Espíritu Santo que hace del hombre un creyente por medio de la Palabra y el Sacramento en la Iglesia. La fe es recepción de la salvación como efecto del Espíritu Santo y, a la vez, renovación de la vida, incoada en la Iglesia y plenificada en la vida eterna.

3. *La gratuidad inmerecida de este don, y la sola remisión a la misericordia de Dios (n. 17; cfr. 19)*

«(17) También compartimos la convicción de que el mensaje de la Justificación [Botschaft von der Rechtfertigung] nos remite de manera especial [in besonderer Weise] al centro del testimonio del Nuevo Testamento sobre la acción redentora de Dios en Cristo: nos dice que nosotros, pecadores, agradecemos nuestra vida nueva sólo a la misericordia de Dios, que perdona y recrea, y que nosotros dejamos sólo regalarnos y recibir en la fe, pero nunca podemos merecer de cualquier forma».

Este n. 17 habla del «anuncio» bíblico de la Justificación (Botschaft von der Rechtfertigung), y el n. 18 de la «doctrina» de la Justificación (Lehre von der Rechtfertigung). El anuncio bíblico se ha expuesto ya en los nn. 8-12; y la doctrina de la Justificación lo «recibe y desarrolla» de manera sistemática (n. 18). En ambos casos se afirma el lugar especial que ocupa tanto el «anuncio» como la «doctrina» de la Justificación respectivamente en el testimonio neotestamentario y en la totalidad de la doctrina de la fe. En el n. 17 se dice que el «anuncio» nos remite «de manera especial» al centro del testimonio neotestamentario, y tiene como función recordar la gratuidad de la salvación.

4. *El carácter central de la doctrina de la Justificación como criterio (aunque no el único, para la doctrina católica) de la fe en Cristo (n. 18)*

Sobre la «doctrina» [Lehre] de la Justificación se dice que constituye un «criterio irrenunciable» para la doctrina y praxis de la Iglesia. Para el actual sentir luterano, «criterio» significa no tanto un axioma o principio del que haya que deducir todas las afirmaciones de la fe, sino más bien un instrumento para discernir la verdad de una afirmación. Aunque el texto menciona la diferencia sobre este punto entre católicos y luteranos, sin embargo, ambos aceptan la «irrenunciabilidad» del criterio. Esta afirmación es compatible con que los católicos reconozcan *varios* criterios, además de la doctrina de la Justificación. (Con esto no niegan que «remite de manera especial al centro del testimonio» neotestamentario: n. 17). El texto no explicita esos criterios; la redacción queda abierta.

«(18) Por consiguiente, la doctrina [Lehre] de la Justificación que recoge y desarrolla este mensaje [Botschaft] no es sólo un elemento más de la doctrina cristiana. Se sitúa en relación esencial con todas las verdades de la fe, que han de verse en una interna relación recíproca. Constituye un criterio irrenunciable [unverzichtbares Kriterium], que constantemente quiere orientar hacia Cristo toda la doctrina y la práctica de nuestras Iglesias. Cuando los luteranos acentúan el significado singular de este criterio, no niegan la conexión y el significado de todas las verdades de la fe. Cuando los católicos se entienden obligados por otros criterios más, no niegan la función especial del mensaje de la Justificación. Luteranos y católicos compartimos el objetivo de confesar a Cristo en todo, en quien debemos confiar sobre todas las cosas como el solo mediador (1 Tm 2, 5s.), por medio del cual Dios en el Espíritu Santo se da a sí mismo y regala sus dones renovadores».

Encontramos aquí uno de los temas más debatidos en el proceso de redacción y aprobación de la DJ: el lugar que ocupa la doctrina de la «Justificación por la fe» para luteranos y católicos. Para los luteranos representa el *articulus stantis et cadentis Ecclesiae* desde el que hay que juzgar la doctrina y praxis eclesial (cfr. DJ nn. 1-2). Para los católicos —señalaban las «Precisiones» católicas, n. 2—, existen, además, otros criterios que vinculan a la Iglesia: concretamente, la doctrina de la «Justificación por la fe» ha de ser integrada en la «regula fidei», es decir, en

la confesión del Dios uno y trino, cristológicamente centrada y enraizada en la Iglesia viva y en su vida sacramental¹².

Sobre este punto, el «Anexo» finalmente afirma: «3. La doctrina de la Justificación es medida o criterio para la fe cristiana. Ninguna enseñanza puede contradecir este criterio. En este sentido es la doctrina de la Justificación un “criterio irrenunciable que constantemente quiere orientar hacia Cristo toda la doctrina y la práctica de nuestras Iglesias” (DJ 18). Como tal, tiene su verdad y significado propio al interno del entero contexto de la confesión fundamental de la fe trinitaria de la Iglesia. “Compartimos el objetivo de confesar a Cristo en todo, en quien debemos confiar sobre todas las cosas como el solo mediador (1 Tm 2, 5s.), por medio del cual Dios en el Espíritu Santo se da a sí mismo y regala sus dones renovadores” (DJ 18)».

La doctrina de la Justificación resulta para ambas partes un criterio necesario, pero no suficiente en cuanto tal, sino integrado en el contexto global de la fe cristiana.

B. *Desarrollo de la comprensión común de la Justificación (cap. 4)*

Como era de esperar, este capítulo 4 es el más extenso de la DJ (nn. 19-39), ya que trata de exponer las diversas explicaciones o desarrollos (*Entfaltungen*) paradigmáticos en que habitualmente se ha condensado la controversia doctrinal católico-luterana. La DJ expone 7 cuestiones en el siguiente orden: 1. La impotencia y el pecado humanos respecto a la Justificación. 2. La Justificación en cuanto perdón del pecado y fuente de justicia. 3. Justificación por fe y por gracia. 4. El pecador justificado. 5. Ley y Evangelio. 6. Certeza de salvación. 7. Las buenas obras del justificado.

12. Dicen así las «Precisiones»: «2. Otra dificultad se encuentra en el n. 18 de la Declaración Común, donde se evidencia una clara diferencia en la importancia que la doctrina de la Justificación tiene para los católicos y los luteranos, en cuanto criterio para la doctrina y la praxis de la Iglesia. Mientras para los luteranos esta doctrina ha asumido un significado del todo singular, por lo que respecta a la Iglesia Católica el mensaje de la Justificación, siguiendo la Escritura y desde los tiempos de los Padres, debe ser integrado orgánicamente en el criterio fundamental de la *regula fidei*, es decir, la confesión del Dios uno y trino, cristológicamente centrada y enraizada en la Iglesia viva y en su vida sacramental».

En todos estos apartados a la exposición inicial de la «verdad fundamental» compartida siguen las «explicaciones» luterana y católica. La cuestión es si esas diferencias se excluyen recíprocamente y acaso desmientan la comprensión común, o por el contrario se mueven dentro del marco común antes aceptado. La DJ entiende que lo que una postura afirma, no niega lo que la otra ve esencial.

1. *La impotencia y el pecado humanos respecto de la Justificación*

Como es sabido, Lutero creyó encontrar en su tiempo una explicación «católica» de la Justificación, según la cual el pecador podría, en virtud de su libertad, amar a Dios sobre todas las cosas, y Dios respondería a este acto de amor con el otorgamiento de la gracia y el perdón de los pecados. Ante esto hay que decir que el pecador no puede sólo en virtud de su libertad amar a Dios sobre todas las cosas, es incapaz de merecer o de alcanzar la salvación por sus propias fuerzas, sino sólo por gracia.

Luteranos y católicos explican diferenciadamente la participación del hombre en esta Justificación por gracia. Los católicos hablan de «cooperatio» humana. La DJ precisa esta expresión en tres aspectos: se trata de un «asentimiento personal», que es además «efecto de la gracia», y que no es «acción alguna del hombre por sus propias fuerzas». Pero la palabra «cooperatio» resulta equívoca para los luteranos. La palabra «cooperatio» parece situar la implicación del pecador «antes» de la acción de la gracia y, coherentemente, niegan —como los católicos— tal posibilidad. Prefieren hablar, para designar esta implicación del pecador en la Justificación, de una «plena participación personal en la fe». Según esto, sólo la palabra creadora de Dios transforma al hombre viejo en hombre nuevo por medio de la fe, y entonces se da una «participación plena en la Justificación». Esta idea de «participación» no sería novedosa en la concepción luterana, entienden los luteranos, pues estaría incluida en su tradicional insistencia en la necesidad de la fe, que no sería una mera «contribución propia del hombre», sino que es realizada «por la misma Palabra de Dios». La confesión común de que el pecador es incapaz de volverse hacia Dios, de merecer la salvación o de alcanzarla por sus propias fuerzas (n. 19), se habría expresado con diversos acentos en la formulación católica (n. 20) y luterana (n. 21).

El texto de la DJ dice:

«(19) Juntos confesamos que, en relación a su salvación, el hombre depende enteramente de la gracia redentora de Dios. La libertad que posee respecto de los hombres y las cosas del mundo, no es libertad alguna respecto de su salvación. Es decir, se halla en cuanto pecador bajo el juicio de Dios, y es incapaz por sí mismo de volverse hacia Dios en busca de redención, o de merecer su Justificación ante Dios, o de alcanzar su salvación por propias fuerzas. La Justificación acontece sólo por gracia. Puesto que católicos y luteranos lo confesamos juntos, es válido decir que:

(20) Cuando los católicos afirman que el ser humano “coopera” [“mitwirke”] en la preparación a la Justificación y su recepción, por medio de su asentimiento la acción justificante de Dios, consideran que el mismo asentimiento personal [personale Zustimmung] es un efecto de la gracia y no acción alguna del hombre por sus propias fuerzas [kein Tun des Menschen aus eigenen Kräften].

(21) Según la concepción luterana, el hombre es incapaz de cooperar a su salvación porque en cuanto pecador se opone activamente [aktiv widersetzt] a Dios y a su acción redentora. Los luteranos no niegan que el hombre puede rechazar la acción de la gracia. Cuando acentúan que el hombre sólo puede recibir la Justificación (*mere passive*), lo que niegan es toda posibilidad humana de contribución propia a su Justificación [jede Möglichkeit eines eigenen Beitrags des Menschen], pero no su plena participación personal en la fe [sein volles personales Beteiligtsein im Glauben], que es producida por la palabra misma de Dios».

Las «Precisiones» de la *Respuesta* católica veían con satisfacción recogido aquí el contenido del canon 4 del Decr. sobre la Justificación del Conc. de Trento, en el que se afirma que el hombre puede rechazar la gracia. Si existe la libertad de rechazarla, por ello mismo existe en el hombre justificado una nueva capacidad de adherirse a la voluntad divina, llamada en la tradición católica *cooperatio*. Sin duda —como se dice en el n. 17 de la DJ—, luteranos y católicos comparten la convicción de que todo viene de la misericordia gratuita de Dios, y no de mérito propio. Pero resulta necesario, decían las «Precisiones», entender la expresión *mere passive* en coherencia con lo que los luteranos afirman en el n. 21 sobre la participación (en la Justificación) plena y personal en la fe¹³.

13. Las «Precisiones» se expresaban sobre esta cuestión así: «3. Como se afirma en el n. 17 de la Declaración Común, luteranos y católicos comparten la convicción común de que la vida nueva viene de la misericordia divina y no de un mérito que nos sea propio. Hay que recordar, sin embargo, como se dice en 2 Co 5.17, que esta misericordia

Sobre este interrogante el «Anexo» dirá en su n. 2, C): «La Justificación sucede “sólo por gracia” (DJ 15 y 16), por la sola fe, el hombre es justificado “independientemente de las obras” (Rm. 3,28, cf. DJ 25). “La gracia es la que crea la fe, no sólo cuando la fe comienza en el hombre, sino en tanto la fe perdura” (Tomás de Aquino, S.Th II/II 4, 4 ad 3). La acción de la gracia de Dios no excluye la acción humana: Dios obra todo, el querer y el hacer, por eso estamos llamados a esforzarnos (cf. Fil 2,12ss). “(...) Desde el momento en que el Espíritu Santo, como se ha dicho, ha iniciado tal obra de regeneración y renovación en nosotros mediante la Palabra y los santos sacramentos, es seguro que podemos y debemos cooperar por el poder del Espíritu Santo...” (Fórmula de Concordia, FC SD II, 64s; BSKL 897, 37ss)».

2. La Justificación en cuanto perdón del pecado y santificación (= *Gerechtmachung*)

En este apartado se considera la Justificación desde Dios: ¿se trata del solo perdón de los pecados, o es a la vez santificación interior? En la

divina realiza una nueva creación, y de esta manera hace capaz al hombre de responder al don de Dios, de cooperar con la gracia. A este respecto, la Iglesia Católica constata con satisfacción la afirmación del n. 21 que, en conformidad con el can. 4 del Decreto sobre la Justificación del Concilio de Trento (DS 1554), afirma que el hombre puede rechazar la gracia; sin embargo, se debería afirmar igualmente que a esta libertad de rechazar corresponde también una nueva capacidad de adherirse a la voluntad divina, capacidad justamente llamada “*cooperatio*”. Esta nueva capacidad, dada en la nueva creación, no permite emplear la expresión “*mere passive*” (nº 21). Por otra parte, el hecho de que esta capacidad tenga el carácter de don está muy bien expresado en el cap. 5 (DS 1525) del Decreto de Trento, cuando dice: “*ita ut tangente Deo cor hominis per Spiritus Sancti illuminationem, neque homo ipse nihil omnino agat, inspirationem illam recipiens, quippe qui illam et abicere potest, neque tamen sine gratia Dei movere se ad iustitiam coram illo libera sua voluntate possit*”.

“En realidad, incluso por parte luterana, se afirma una plena participación personal en la fe en el nº 21 (‘sein volles personales Beteiligtsein im Glauben’). Sin embargo, sería necesaria una clarificación sobre la compatibilidad de esta participación con la acogida de la Justificación “*mere passive*”, para determinar más exactamente el grado de coincidencia con la doctrina católica. En cuanto a la frase final del n. 24: “el don divino de la gracia permanece, en la Justificación, independiente de la cooperación humana”, debe ser entendida en el sentido de que los dones de gracia de Dios no dependen de las obras de los hombres, pero no en el sentido de que la Justificación pudiese realizarse sin la cooperación del hombre. De manera análoga, la frase del n. 19, según la cual la libertad del hombre “no se halla en libertad en relación a su salvación”, debe ser puesta en relación con la imposibilidad del hombre de acceder a la Justificación por sus propias fuerzas».

controversia tradicional católico-luterana se ha identificado la idea luterana con el mero «perdón de los pecados» (imputación externa), y la idea católica con la «santificación interior». El n. 22 ve ambas realidades como dos aspectos de la acción agraciante de Dios, que no deben separarse. El n. 23 desea aclarar la posición luterana que ha sido fuente de equívocos.

En primer lugar, la «declaración de perdón» en virtud de la justicia de Cristo, no es algo extrínseco al pecador, sino que acontece como renovación de la vida «en unión con Cristo». En segundo lugar, la idea luterana de la gracia como «favor Dei» no significa tampoco que la gracia sea una mera realidad externa al hombre sin renovación interna. El n. 24 recoge la insistencia católica en la inseparabilidad del perdón y la nueva vida, reconociendo a la vez la independencia de la gracia de Dios de cualquier acción meramente humana. El texto de la DJ dice:

«(22) Juntos confesamos que Dios perdona por gracia los pecados al hombre y, a la vez [zugleich], lo libera en su vida del poder esclavizador del pecado, y le regala la vida nueva en Cristo. Cuando el hombre participa en Cristo en la fe, Dios ya no le imputa [anrechnen] sus pecados y causa en él un amor activo mediante el Espíritu Santo [wirkt in ihm tätige Liebe durch den Heiligen Geist]. Estos dos aspectos de la acción de la gracia de Dios no deben separarse. Están unidos entre sí en el sentido de que el hombre se une en la fe a Cristo, el cual es en su Persona nuestra justicia (1 Co 1, 30): tanto el perdón de los pecados como también la presencia santificadora de Dios [heiligende Gegenwart Gottes]. Puesto que católicos y luteranos lo confesamos juntos, es válido decir que:

(23) Cuando los luteranos acentúan que la justicia de Cristo es nuestra justicia, quieren mantener sobre todo que la justicia ante Dios en Cristo le es regalada al pecador mediante la declaración del perdón, y que su vida sólo en unión con Cristo es renovada. Cuando dicen que la gracia de Dios es amor que perdona («el favor de Dios»)¹⁴, con ello no niegan la renovación de la vida del cristiano, sino que quieren expresar que la Justificación permanece libre de la cooperación humana [frei bleibt von menschlicher Mitwirkung] y tampoco depende del efecto renovador de vida de la gracia en el hombre.

(24) Cuando los católicos acentúan que la renovación del hombre interior se le dona al creyente mediante la recepción de la gracia¹⁵, quieren mantener que la gracia de Dios que perdona, siempre está unida con el don de una vida nueva, que en el Espíritu Santo se convierte en amor activo. Con esto, sin

14. Cf. WA 8, 106.

15. Cf. DS 1528.

embargo, no niegan que el don de la gracia de Dios en la Justificación permanezca independiente de la cooperación humana».

Se afirma en común que no pueden separarse el perdón de los pecados y la santificación, y que el Espíritu Santo produce, en la unión con Cristo, un amor activo, de manera que para ambos, luteranos y católicos, la Justificación incluye una renovación de la vida (n. 22). Las «Precisiones» católicas veían una dificultad en el n. 22: «la frase del n. 22, “Dios ya no le imputa sus pecados y causa en él un amor activo mediante el Espíritu Santo” puede ser (...) ambigua para un católico, porque la transformación interior del hombre no aparece claramente». Como este aspecto depende de la cuestión general del «simul iustus et peccator», la solución a este problema clarificará la ambigüedad (vid. *infra*, 4).

3. *Justificación por medio de la fe y de la gracia (durch Glauben und aus Gnade)*

El texto dice:

«(25) Juntos confesamos que el pecador es justificado por la fe en la acción salvífica de Dios en Cristo; esta salvación se le concede por el Espíritu Santo en el Bautismo como fundamento de toda su vida cristiana. El hombre confía en la promesa graciosa de Dios por medio de la fe justificante, en la que se incluyen la esperanza en Dios y el amor a Él. Esta fe es activa en el amor; por esto el cristiano no puede ni debe permanecer sin obras. Pero todo lo que en el hombre antecede o sigue al libre don de la fe no es causa de la Justificación ni la merece.

(26) Según la comprensión luterana, Dios justifica al pecador sólo en la fe (*sola fide*). En la fe el hombre confía totalmente en su Creador y Redentor, y de este modo está en comunión con Él. Dios mismo causa la fe, cuando por medio su palabra creadora produce tal confianza. Puesto que esta acción de Dios es una nueva creación, alcanza todas las dimensiones de la persona, y conduce a una vida en la esperanza y en el amor. De este modo, en la doctrina de la “Justificación solo por la fe” se hace ciertamente una distinción entre la renovación de la manera de vivir —que sigue necesariamente a la Justificación y sin la que no puede darse fe alguna— y la Justificación, pero no se separan. Con esto se indica más bien la causa de la que procede tal renovación. La renovación de la vida proviene del amor de Dios que se otorga al hombre en la Justificación. Justificación y renovación están unidas por medio de Cristo que se hace presente en la fe.

(27) Según la comprensión católica también la fe es fundamental para la Justificación; pues sin ella no puede haber Justificación. El hombre es justificado como oyente de la palabra y creyente por medio del Bautismo. La Justificación del pecador es perdón de los pecados y santificación [Gerechtmachung] por medio de la gracia de la Justificación que nos hace hijos de Dios. En la Justificación los justos reciben de Cristo la fe, la esperanza y el amor, y así son introducidos en la comunión con Él¹⁶. Esta nueva relación personal con Dios se basa totalmente en la benevolencia gratuita de Dios, y permanece constantemente dependiente de la acción de Dios creadora de salvación, que permanece fiel a sí mismo y en quien el hombre puede abandonarse. De ahí que la gracia de la Justificación no sea nunca una posesión humana a la que el hombre pueda apelar ante Dios. Si la comprensión católica acentúa la renovación de la vida por la gracia de la Justificación, esta renovación en la fe, la esperanza y el amor siempre depende de la gracia insondable de Dios, y no aporta a la Justificación nada de lo que pudiéramos gloriarnos ante Dios (Rm 3, 27).

En este apartado 3 se considera la Justificación desde la perspectiva del hombre: aquélla se da por medio de la fe y de la gracia. La Justificación por la fe y la gracia de manera alguna excluye las buenas obras del cristiano, quien debe permanecer en las buenas obras; pero éstas no son la causa de la Justificación ni la merecen. El n. 25 habla sólo de la fe. El n. 27, que trata de la posición católica, habla detalladamente de la gracia. En la confesión común sobre la fe justificante —n. 25— se entiende por fe la confianza en la promesa de gracia, que incluye la esperanza y el amor a Dios. A la fe pertenece ser activa en el amor, y por ello la fe no puede permanecer sin obras. Pero las obras, se dice, no merecen ni causan la Justificación antes o después del don gratuito de la fe.

El n. 26 aborda el *sola fide* luterano. Hay una estricta correspondencia entre la promesa de Dios y la confianza del hombre en la fe, causada por Dios. Esta fe es una «nueva creación» que afecta a todas las dimensiones de la persona, y conduce a una vida en la esperanza y en el amor. Justificación y renovación de la vida se diferencian; la segunda sigue necesariamente a la primera, como causa y efecto. La conexión entre ambas se da porque Cristo «se hace presente» en la fe, y así da la Justificación y la renovación. Para la idea católica —n. 27— cuando el amor de Dios alcanza al pecador, causa en él un efecto creado, la «gracia creada» justificante. La DJ no menciona nunca la expresión «gracia crea-

16. Cf. DS 1530.

da»; esta expresión ha provocado tradicionalmente en los luteranos la idea de la gracia como una «cosa» en el hombre. La gracia de la justificación es aquello por lo que pasamos a ser hijos de Dios. Con ella reciben de Cristo los justificados la fe, la esperanza y la caridad. Pero, según la idea luterana, no es propiamente una «cosa» sino la nueva relación personal con Dios que depende y está sostenida siempre por la benevolencia divina que salva.

4. *El ser pecador del justificado (Das Sündersein des Gerechtfertigten)*

En este apartado aparece la formulación luterana más controvertida: que el justificado permanece pecador. En cambio, según el Concilio de Trento, la concupiscencia no es verdadero pecado. Los escritos confesionales luteranos afirman lo contrario. El problema estriba en que bajo la palabra «pecado» ambos no entienden lo mismo. El texto de la DJ dice:

«(28) Juntos confesamos que en el Bautismo el Espíritu Santo une al hombre con Cristo, le justifica y le renueva verdaderamente. Y sin embargo el justificado permanece a lo largo de toda su vida y constantemente dependiente de la gracia incondicional y justificante de Dios. También él está expuesto todavía al poder siempre insistente del pecado y de su ataque (cf. Rm 6, 12-14), ni está eximido de luchar durante toda su vida contra la oposición a Dios y la codicia egoísta del hombre viejo (cf. Ga 5, 16; Rm 7, 7.10). También el justificado debe pedir perdón a Dios todos los días, como en el Padrenuestro (Mt 6, 12; 1 Jn 1, 9), y está llamado incesantemente a la conversión y a la penitencia, y una y otra vez se le concede el perdón.

(29) En este sentido entienden los luteranos que el cristiano es “al mismo tiempo justo y pecador”: él es totalmente justo porque Dios le perdona sus pecados mediante la Palabra y el Sacramento, y le concede la justicia de Cristo que él hace suya en la fe, y le hace justo en Cristo ante Dios. Pero viéndose a sí mismo, se da cuenta por medio de la Ley, que sigue siendo a la vez totalmente pecador, de que el pecado sigue viviendo en él (1 Jn 1, 8; Rm 7, 17.20); pues confía una y otra vez en falsos dioses, y no ama a Dios con ese amor íntegro, que Dios su Creador le reclama (Dt 6, 5; Mt 22, 36-40, par.). Esta oposición a Dios [Gottwidrigkeit] es en sí un verdadero pecado [ist als solche wahrhaft Sünde]. Pero el poder esclavizador está quebrantado a causa del mérito de Cristo: ya no es en adelante un pecado que “domina” al cristiano [“beherrschende” Sünde], porque ese pecado está “dominado” por Cristo, con quien el justificado está unido en la fe; así el cristiano, mientras viva en la tierra, puede llevar, aunque

sólo en parte [jedenfalls stückweise], una vida en justicia. Y, a pesar del pecado, ya no está separado más de Dios, porque al cristiano —que ha renacido por medio del Bautismo y por medio del Espíritu Santo— se le perdonan los pecados en el retorno diario al Bautismo, de manera que su pecado ya no le condena ni le trae ya más la muerte eterna¹⁷. Por tanto, cuando los luteranos dicen que el justificado es también pecador y que su oposición a Dios [Gottwidrigkeit] es verdadero pecado [wahrhaft Sünde], no niegan que a pesar del pecado el justificado no está separado de Dios en Cristo, y que su pecado sea un pecado dominado. En esto último coinciden con la parte católica, a pesar de las diferencias en la comprensión del pecado del justificado.

(30) Los católicos mantienen que la gracia de Jesucristo, que es dada en el Bautismo, borra todo lo que es “verdaderamente” pecado, y que es “digno de condena” (Rm 8, 1)¹⁸, y que, sin embargo, en el hombre permanece una inclinación (concupiscencia) que proviene del pecado y tiende al pecado. En la medida en que, según la convicción católica, a la constitución de los pecados humanos pertenece siempre un elemento personal, entienden que, en su ausencia, la inclinación opuesta a Dios no es pecado en sentido propio. Con esto no niegan que esta inclinación no corresponda al designio inicial de Dios sobre el hombre, ni que sea una oposición objetiva a Dios y objeto de combate a lo largo de toda la vida; con agradecimiento por la redención por medio de Cristo quieren señalar que la inclinación que se opone a Dios no merece el castigo de la muerte eterna¹⁹, ni aparta de Dios al justificado. Ahora bien, cuando el hombre se aparta voluntariamente de Dios, no basta una renovada observancia de los mandamientos, sino que debe recibir perdón y paz en el sacramento de la reconciliación mediante la palabra de perdón, que le es dada en virtud de la obra de reconciliación de Dios en Cristo».

La afirmación sobre el hombre *simul iustus et peccator* era el objeto central de las «Precisiones» católicas. Dice así su n. 1: «Las mayores dificultades que se encuentran para poder afirmar que existe un consensus total entre las partes sobre el tema de la Justificación se encuentran en el parágrafo 4.4, *El ser pecador del justificado* (28-30). Incluso teniendo en cuenta las diferencias, en sí mismas legítimas, que derivan de los diversos acercamientos teológicos al dato de fe, el título suscita ya perplejidades desde el punto de vista católico». En concreto, las «Precisiones» señalan:

17. Cf. Apología II, 38-45; Fórmula de concordia, 105s.

18. Cf. DS 1515.

19. Cf. DS 1515.

1º No se acaba de ver cómo es compatible la explicación luterana sobre el *simul iustus et peccator* del n. 29 con la doctrina católica del n. 30. Según ésta, el Bautismo borra todo lo que puede ser llamado propiamente pecado, y la concupiscencia que permanece en el renacido no es verdaderamente pecado, mientras que para los luteranos, se dice en el n. 29, representa un verdadero pecado²⁰.

2º La expresión «oposición a Dios» [*Gottwidrigkeit*], usada en los nn. 28-30, resulta ambigua, por cuanto católicos y luteranos necesariamente la utilizan de manera diversa²¹.

Las «Precisiones» se preguntan si la doctrina del *simul iustus et peccator*, así presentada por la DJ, no sigue cayendo bajo las condenas de Trento²². En relación con esta cuestión, el «Anexo» se extiende ampliamente en su n. 2, A) y B). Respecto de la interpretación de la frase *simul iustus et peccator* dice:

«2. “Juntos confesamos: Sólo por gracia en la fe en la obra salvífica de Cristo, y no por mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu Santo, que renueva nuestros corazones, y nos capacita y nos llama a obras buenas” (DJ 15).

A. “Juntos confesamos que Dios perdona por gracia los pecados al hombre y, a la vez [zugleich], lo libera en su vida del poder esclavizador del pecado (...)” (DJ 22). La Justificación, es perdón de los pecados y santificación [*Gerechtmachung*], en la que Dios “regala la vida nueva en

20. «Según la doctrina de la Iglesia Católica, en efecto, todo lo que es verdaderamente pecado es borrado por el Bautismo, y Dios no aborrece nada en aquellos que han nacido de nuevo (nota 3). De aquí se deriva que la concupiscencia que permanece en el bautizado no es propiamente hablando un pecado. Así, para los católicos, la fórmula “a la vez justo y pecador”, tal como viene explicada al inicio del n. 29 (“Es totalmente justo porque Dios le perdona su pecado por la palabra y el sacramento... No obstante, mirando a sí mismo reconoce... que permanece también totalmente pecador, que el pecado todavía habita en él”), no es aceptable. En efecto, esta afirmación no parece compatible con la renovación y la santificación del hombre interior de la que habla el Concilio de Trento (nota 4)».

21. «La expresión “oposición a Dios” (*Gottwidrigkeit*), que se utiliza en los nn. 28-30, se comprende de manera diferente por los luteranos y los católicos, de manera que se convierte, en realidad, en una expresión equívoca».

22. «Por todas estas razones, es difícil ver cómo se puede afirmar que esta doctrina sobre el “*simul iustus et peccator*”, en el estado actual de la presentación que se hace en la Declaración común, no cae bajo los anatemas de los decretos de Trento sobre el pecado original y la Justificación».

Cristo" (DJ 22). "Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra Justificación, estamos en paz con Dios" (Rm 5,1). "Somos llamados hijos de Dios, pues, lo somos" (1Jn 3,1). Somos verdadera e internamente renovados por la acción del Espíritu Santo, y permanecemos siempre dependientes de su acción en nosotros. "Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo" (2 Co 5,17). En este sentido, los justificados no permanecen pecadores.

Pero nos engañamos si decimos que estamos sin pecado (1Jn 1,8-10, cf. DJ 28). "Pues todos caemos en muchas cosas" (St 3,2). "¿Quién se da cuenta de sus yerros? ¡Perdóname las faltas ocultas!" (Sal 19,13). Y cuando oramos sólo podemos decir, como el recaudador de impuestos, "¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí!" (Lc 18,13). Nuestras liturgias lo expresan de diversas maneras. Juntos escuchamos la exhortación: "no domine, pues, el pecado vuestro cuerpo mortal y no obedezcáis a sus apetencias" (Rm 6,12). Esto nos recuerda el peligro continuo que proviene del poder del pecado y su acción en los cristianos. En esta medida, Católicos y Luteranos juntos pueden comprender al cristiano como *simul justus et peccator*, a pesar de sus diferentes aproximaciones a este tema, tal como era desarrollado en DJ 29-30».

Respecto de la noción de concupiscencia y de pecado, dice:

«B. El concepto de "concupiscencia" ["Konkupsistenz"] es usado por Católicos y Luteranos con sentidos diferentes. En los escritos confesionales luteranos la concupiscencia es entendida como el apetito [Begehren] del hombre, mediante el cual el hombre se busca a sí mismo, y que a la luz de la Ley —espiritualmente entendida— es visto como pecado. En la comprensión católica, la concupiscencia es una inclinación que permanece en los hombres aún después del Bautismo, que proviene del pecado y conduce a él. A pesar de las diferencias aquí incluidas, desde la perspectiva luterana se puede reconocer que el deseo [Begierde] puede convertirse en el portillo [Einfallstor] por el que el pecado ataca. Debido al poder del pecado, el entero hombre lleva en sí la tendencia a oponerse a Dios. Esta tendencia, de acuerdo con las concepciones católica y luterana, "no corresponde al designio inicial de Dios sobre el hombre" (DJ 30). El pecado tiene un carácter personal y lleva en cuanto tal a la separación de Dios. Es el deseo egoísta del hombre viejo y la falta de confianza y de amor a Dios.

La realidad de la salvación donada en el Bautismo y la amenaza que proviene del poder del pecado pueden ser expresados de manera que, de un lado, se acentúe el perdón de los pecados y la renovación del hombre en Cristo por el Bautismo y, de otra parte, puede considerarse que el justificado también “está expuesto todavía al poder siempre insistente del pecado y de su ataque (cf. Rm 6, 12-14), ni está eximido de luchar durante toda su vida contra la oposición a Dios (...)” (DJ 28)».

5. *Ley y Evangelio*

La convicción común de que Cristo ha superado la Ley como camino salvífico por medio de su muerte y resurrección, lleva a la afirmación de que la Justificación acontece independientemente de las obras de la Ley. Lo que no significa que los mandamientos pierdan su vigencia; antes bien, expresan la voluntad de Dios. Los luteranos nunca se sintieron representados en la descripción del canon 19 del Decreto de Trento sobre la Justificación. Habría aquí un equívoco, pues según los escritos confesionales luteranos el Decálogo mantiene su vigencia para los cristianos. El texto dice:

«(31) Juntos confesamos que el hombre es justificado en la fe en el Evangelio “independientemente de las obras de la Ley” (Rm 3, 28). Cristo cumplió la Ley, y por su muerte y resurrección la superó como camino de salvación. Confesamos al mismo tiempo que los mandamientos de Dios permanecen vigentes para el justificado, y que Cristo en su palabra y vida expresó la voluntad de Dios, que también es norma de conducta para el justificado.

(32) Los luteranos señalan que es esencial para la comprensión de la Justificación la distinción y adecuada relación entre ley y Evangelio. La Ley, en su uso teológico, significa demanda y acusación bajo la que está a lo largo de la vida todo hombre, y también el cristiano por cuanto es pecador; acusación que revela su pecado para que mediante la fe en el Evangelio se vuelva sin reservas a la misericordia de Dios en Cristo que es la única que le justifica.

(33) Puesto que la Ley en cuanto camino de salvación fue cumplida y superada por medio del Evangelio, los católicos pueden decir que Cristo no es un legislador en el sentido como lo fue Moisés. Cuando los católicos acentúan que el justo está obligado a observar los mandamientos de Dios, no por ello niegan que mediante Jesucristo Dios ha prometido misericordiosamente a sus hijos la gracia de la vida eterna²³».

23. Cf. DS 1545.

6. *Certeza de la salvación*

La conocida «quaestio disputata» de si el cristiano puede tener certeza de su salvación, se aborda diciendo que el creyente puede confiar en la promesa divina. Pero esta certeza en la promesa no debe llevar a una falsa seguridad. El texto de la «Declaración común» dice:

«(34) Juntos confesamos que los creyentes pueden abandonarse en la misericordia y en las promesas de Dios. También a la vista de su propia flaqueza y de las múltiples amenazas que acechan su fe, en virtud de la muerte y resurrección de Cristo pueden edificar a partir de la promesa efectiva de la gracia de Dios en la Palabra y el Sacramento, y estar seguros de esta gracia.

(35) Los Reformadores pusieron un énfasis particular en esto: en medio de la tentación, el creyente no debe mirarse a sí mismo sino contemplar únicamente a Cristo y confiar tan sólo en Él. De esta manera el creyente está cierto de su salvación al confiar en la promesa de Dios, aunque nunca está cierto mirándose a sí mismo.

(36) Los católicos pueden compartir la intención de los Reformadores de fundamentar la fe en la realidad objetiva de la promesa de Cristo, prescindiendo de la propia experiencia y confiando sólo en la Palabra de perdón de Cristo (cf. Mt 16, 19; 18, 18). Con el Concilio Vaticano II, los católicos declaran: fe significa confiarse plenamente a Dios²⁴, que nos libera de la oscuridad del pecado y de la muerte, y nos despierta a la vida eterna²⁵. No se puede creer en Dios de este modo y, a la vez, considerar la divina promesa indigna de confianza. Nadie puede dudar de la misericordia de Dios ni del mérito de Cristo. Pero todo hombre puede preocuparse por su salvación, cuando mira sus propias flaquezas e imperfecciones. Bien consciente de su propia deficiencia, el creyente puede estar cierto de que Dios quiere su salvación».

7. *Las buenas obras del justificado*

Se afirma en común que las obras buenas surgen de la Justificación. Los católicos, con la palabra «mérito», no niegan que la Justificación sea don gratuito; y los luteranos reconocen un crecimiento en la gracia y la fe, aunque la participación en la justicia de Cristo siempre es total. El texto dice:

24. Cf. DV 5.

25. Cf. DV 4.

«(37) Juntos confesamos que las buenas obras —una vida cristiana en fe, esperanza y amor—, siguen a la Justificación y son frutos de ella. Cuando el justificado vive en Cristo y actúa en la gracia recibida, produce, en términos bíblicos, buen fruto. Esta consecuencia de la Justificación es a la vez para el cristiano, en la medida en que lucha contra el pecado toda su vida, una obligación que debe cumplir; por esto, tanto Jesús como los escritos apostólicos exhortan al cristiano a realizar las obras del amor.

(38) Según la posición católica, las buenas obras —que están realizadas por la gracia y la acción del Espíritu Santo— contribuyen de tal modo al crecimiento en la gracia que se preserva la justicia recibida de Dios y se ahonda la comunión con Cristo. Cuando los católicos mantienen el carácter “meritorio” de las buenas obras, quieren con ello decir que, conforme al testimonio bíblico, se les tiene prometida a estas obras una recompensa en el cielo. Quieren señalar la responsabilidad del hombre por su conducta, pero no cuestionar la índole gratuita de las buenas obras, ni mucho menos negar que la Justificación misma permanece siempre don inmerecido de la gracia.

(39) En los luteranos también hay la idea de preservación de la gracia y de crecimiento en gracia y fe. No obstante, acentúan que la justicia en cuanto aceptación por Dios y participación en la justicia de Cristo es siempre completa, pero a la vez dicen que puede crecer su efecto [Auswirkung] en la vida cristiana. Y si consideran las buenas obras del cristiano como frutos y señales de la Justificación y no como propios “méritos”, con todo entienden que, conforme al Nuevo Testamento, la vida eterna es una “recompensa” merecida, en el sentido de cumplimiento de la promesa de Dios a los creyentes».

Las «Precisiones» católicas se detenían también en este aspecto de las buenas obras del justificado, «para adquirir una justa comprensión, desde el punto de vista católico, del parágrafo 4.7 (nn. 37-39)». Las buenas obras son siempre fruto de la gracia. Pero, sin disminuir la iniciativa divina, la doctrina católica sostiene que son también fruto del hombre justificado y transformado interiormente por la gracia divina. La vida eterna es gracia pero también recompensa a las buenas obras y méritos del hombre²⁶.

26. «La Iglesia Católica sostiene igualmente que las buenas obras del justificado son siempre fruto de la gracia. Pero al mismo tiempo, y sin rebajar en nada la iniciativa totalmente divina (nota 5), son el fruto del hombre justificado y transformado interiormente. También puede decirse que la vida eterna es a la vez una gracia y una recompensa dada por Dios por las buenas obras y los méritos (nota 6). Esta doctrina es la consecuencia de la transformación interior del hombre mencionada en el punto 1 de esta “Nota”. Estas precisiones ayudan a adquirir una justa comprensión, desde el punto de vista católico, del parágrafo 4.7 (nn. 37-39) sobre las buenas obras del justificado».

Sobre este tema de las *buenas obras* dice el «Anexo»: «D. La gracia como comunión de los justificados con Dios en la fe, esperanza y caridad es siempre recibida de la acción creadora y salvífica de Dios (cf. DJ 27). Pero es todavía responsabilidad del justificado no echar a perder la gracia, sino vivir en ella. La exhortación a hacer buenas obras es una exhortación a practicar la fe (cf. BSLK 197,45). Las buenas obras de los justificados deben hacerse “para confirmar nuestra llamada, esto es, para que no abandonemos el Evangelio cuando pecamos de nuevo” (Apol. XX,13, BSLK 316,18-24; referido a 2 Pe 1,10. Cf. también FC SD IV,33; BSLK 948,9-23). En este sentido, Luteranos y Católicos pueden entender juntos lo que se ha dicho acerca de “preservar la gracia” en DJ 38 y 39. Ciertamente, “todo lo que en el hombre antecede o sigue al libre don de la fe no es causa de la Justificación ni la merece” (DJ 25)».

Sobre el tema de la «recompensa» por las buenas obras, el «Anexo» continúa diciendo: «E. Por la Justificación somos incondicionalmente recibidos en la comunión con Dios. Esto incluye la promesa de la vida eterna: “Pues si nos hemos hecho semejantes a él en su muerte, también seremos unidos a él en su resurrección” (Rm 6,5, cf. Jn 3,36, Rm 8,17). En el juicio final, los justificados serán juzgados también por sus obras (cf. Mt 16,27; 25,31-46; Rm 2,16; 14,12; 1 Co 3,8; 2 Co 5,10, etc.). Enfrentamos un juicio en el que Dios asumirá en su sentencia misericordiosa todo lo que en nuestra vida y obras corresponda a su voluntad. Pero todo lo que en nuestra vida es injusto será descubierto y no entrará en la vida eterna. La Fórmula de Concordia también declara: “Es expreso mandato y voluntad divina que los creyentes realicen las buenas obras que el Espíritu Santo obra en ellos, y Dios está dispuesto a alegrarse con ellos por Cristo y promete recompensarlos gloriosamente en esta vida y en la vida futura” (FC SD IV, 38). Toda recompensa es, sin embargo, una recompensa de gracia, a la que no tenemos derecho [Anspruch]».

La DJ se cierra con el cap. 5 «El significado y alcance del consenso logrado» (nn. 40-44), en los términos ya referidos al comienzo de estas páginas: las condenas del s. XVI no alcanzan la doctrina presentada en la DJ; esto no significa que se ignore el pasado (cfr. nn. 7 y 42), o que se declaren equivocadas aquellas condenas (n. 42). Lo que condenaban era herético, y sigue siéndolo. La DJ afirma que tal como se expone en ella la doctrina de la Justificación, no cae bajo aquellas condenas. El

acuerdo se da sobre «verdades fundamentales», y deberá desarrollarse en el futuro en los temas de la Iglesia, autoridad, ministerio, sacramentos, moral.

* * *

El «Anexo» ha recogido las reservas expresadas en las «Precisiones» de la *Respuesta* católica de tal manera que el interlocutor católico se sintiera capacitado para «confirmar» la «Declaración Común». Esas reservas hacían referencia a los siguientes temas:

a) El lugar que ocupa la doctrina de la justificación (cfr. DJ n. 18). En el «Anexo» luteranos y católicos están de acuerdo en reconocer su lugar central irrenunciable, pero su verdad y significado propio ha de comprenderse en el interior de la confesión fundamental de la fe trinitaria (cfr. «Anexo», n. 3).

b) Sobre la *cooperatio* humana en la justificación, y la compatibilidad de las dos afirmaciones luteranas de la recepción *mere passive* de la justificación y, a la vez, la plena participación del hombre en la fe (cfr. DJ n. 21), el «Anexo» se reafirma en que «la acción de la gracia de Dios no excluye la acción humana» y que el hombre puede y debe cooperar (n. 2, C).

A la luz de esta aclaración, puede entenderse la frase de DJ 24: que «el don de la gracia de Dios en la Justificación permanezca independiente de la cooperación humana»; no tanto en el sentido de que la Justificación se realice sin la cooperación del hombre, sino en el sentido de que los dones de gracia de Dios no dependen de las obras humanas. Igualmente la frase del n. 19: «La libertad que posee respecto de los hombres y las cosas del mundo, no es libertad alguna respecto de su salvación», ha de entenderse como imposibilidad de la libertad humana por sus propias fuerzas sin la ayuda de la gracia.

c) Sobre la *transformación* interior del pecador en la justificación, las «Precisiones» encontraban ambiguas las palabras de DJ 22: «Dios ya no le imputa sus pecados y causa en él un amor activo mediante el Espíritu Santo». Este punto era el que ofrecía mayores dificultades a las «Precisiones» católicas. El título del epígrafe 4. 4: «El ser pecador del justificado» (el tema del *simul iustus et peccator*); la articulación de la doctrina

católica sobre el Bautismo (que borra todo pecado) y la concupiscencia (que no es verdadero pecado) con la doctrina luterana de DJ 29 (la concupiscencia es «verdadero pecado»); y, en fin, la falta de comprensión común de la expresión «oposición a Dios» de DJ 28-30.

El «Anexo» clarifica que somos verdadera e internamente renovados y, «en este sentido, los justificados no permanecen pecadores» (2, A). Respecto de la noción de concupiscencia y de «oposición a Dios», el «Anexo» explica que se trata de una tendencia a oponerse a Dios, y que el pecado tiene ciertamente carácter personal y comporta la separación de Dios. Hay una «realidad» de salvación y una «amenaza» del pecado, a la que el hombre está siempre expuesto (2, B).

d) Sobre las *buenas obras* y el *mérito*, las «Precisiones» deseaban ver acogida la doctrina de que las obras buenas «también son el fruto del hombre transformado y justificado interiormente» y por ello la vida eterna es gracia pero también «recompensa». En la medida en que se ha afirmado antes la verdadera transformación interior del hombre, el «Anexo» reconoce la responsabilidad del justificado en la «preservación de la gracia» y el juicio por las obras, así como el carácter de la vida eterna como «recompensa de gracia» (2, E).

José R. Villar
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.